

CASTRO DE REI DE LEMOS

Castro de Rei de Lemos se levanta a unos 8 km de Paradela, demarcación a la que pertenece. Es la parroquia de más amplia extensión dentro del municipio, con mayor número de entidades singulares y, asimismo, la más poblada.

En cuanto a su nombre hace referencia, en primer lugar, con "Castro" a una población prerromana amurallada situada, por lo general, en un alto. Este "de Lemos" indicaría la sumisión de la parroquia a los Señores de Monforte: Marqueses de Sarria y Condes de Lemos, que utilizaban además el apellido familiar *de Castro*. Ilustres hombres pertenecieron a esta familia y, así, fechada en Paradela, está la carta que don Pedro Fernández de Castro, Grande de España y protector de Miguel de Cervantes, le dirige a Luis de Góngora y Argote, carta que, por otra parte, Amor Meilán la sitúa escrita en el mismo Castro de Rei de Lemos.

También en sus alrededores no dejan de aparecer referencias a construcciones prehistóricas. Son estos los lugares de *Mámoa* y *Monte Medorra*, que declaran con su nombre la existencia de monumentos funerarios de finales del Neolítico.

El acceso a esta localidad se realiza desde Paradela a través de la carretera provincial LU-4201.

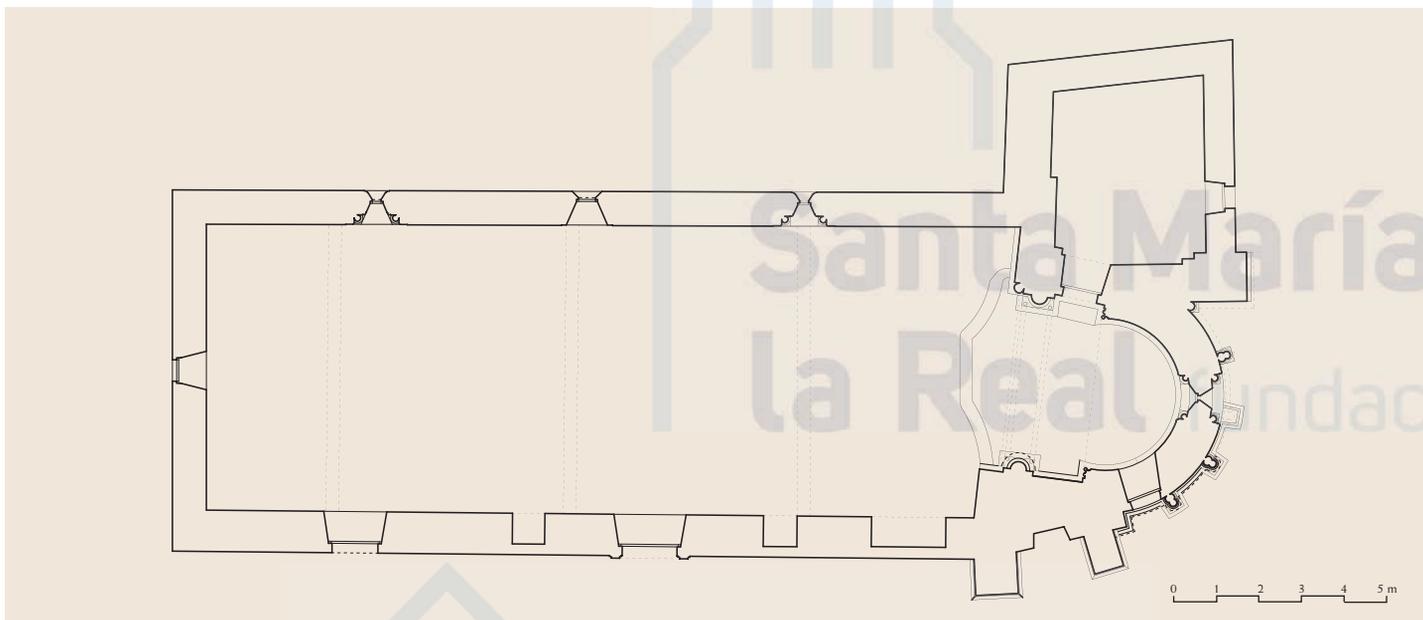
Iglesia de Santa María

LA IGLESIA DE SANTA MARÍA se encuentra próxima al barrio de *Mosteiro Vello*, esto es, monasterio viejo, referente claro de la huella de una sede de vida comunitaria regular, la cual, según Delgado, sería de carácter dúplice durante los siglos X y XI. En ella las monjas se hallarían bajo la advocación de San Salvador y los monjes de Santa María. La división fe-

menina, con el tiempo, iría desapareciendo, mientras que la de los monjes continuaría con su labor hasta la desamortización de 1835. Como afirma Valle Pérez, sus orígenes son confusos. Fue filial de la abadía de Carracedo, en el Bierzo, pero su adscripción a la Orden se realizaría en torno al último tercio del siglo XV.



Vista general



Planta

Alzado norte



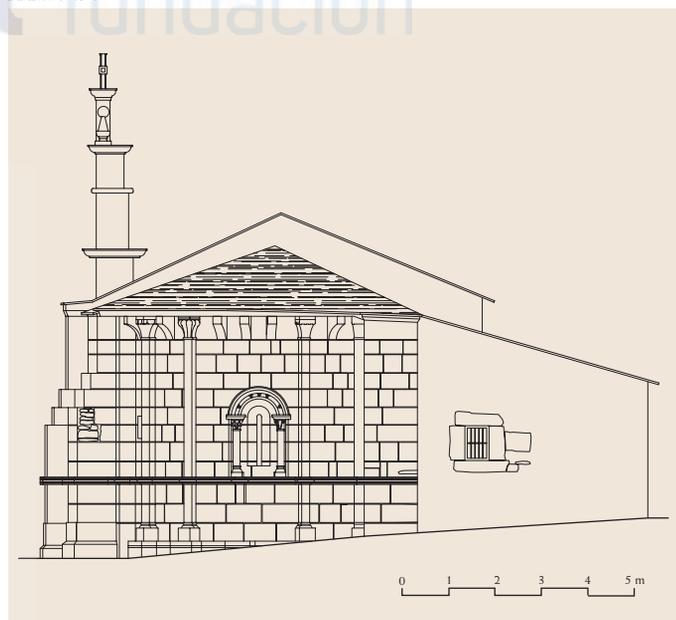
Este monasterio disfrutó de privilegios y exenciones por parte de los monarcas castellanos, como refiere la documentación de Montederramo. Sin embargo, a partir del siglo xv, cayó en decadencia y fue suprimido en 1506 por el papa Julio II, pasando todo su patrimonio a pertenecer al monasterio ourensano en 1522. Castro de Rei de Lemos, a pesar de sus numerosas posesiones, nunca pudo considerarse como un monasterio acaudalado, pues sus tierras se encuentran en la poco fértil montaña alta, siendo explotadas por una escasa población y regidas por una administración deficiente. No por ello es menor su influencia, que llegó a extenderse sobre otros ayuntamientos del Sur de la provincia, como O Saviñao o Bóveda. De aquel poder queda hoy una parroquia que supone, en extensión, un tercio del ayuntamiento en el que se

inscribe, Paradela. En este territorio se erigen un gran número de pequeñas capillas, algunas en estado ruinoso.

En el siglo xx, tanto el templo como la casa rectoral, sufrieron varios incendios con los que desaparecieron la techumbre, algunos objetos artísticos, así como el archivo parroquial.

Actualmente nos encontramos con una iglesia separada del núcleo de población de cuya factura románica aún se conserva un imponente ábside, además de dos ventanas del muro septentrional de la nave con decoración completa. La planta ha sido modificada en épocas posteriores, lo que se trasluce en una variación del eje de la nave con respecto a la cabecera.

El aspecto interior es de una iglesia fortaleza, de gruesos muros con hiladas de buena sillería granítica que se deja ver

*Alzado sur**Sección longitudinal**Alzado este*

en la cabecera. En lo que respecta a la nave, las reformas condujeron a la apertura de una nueva puerta hacia el Sur. En este mismo lado un amplio arco de medio punto sirve de hornacina para San Antonio de Padua. Sin embargo, en la parte alta del muro norte, dos de las tres ventanas muestran su carácter románico con una decoración completa, con arquivolta de medio punto y arista en baquetón, con la típica media caña presente tanto en el exterior como en el interior del arco, ceñido por otra moldura, que en un caso aparece decorada con tacos y, en otro, trabajada en gruesa baqueta. En cuanto a sus capiteles, ostentan una decoración de tipo vegetal, con hojas rematadas tanto en volutas como en bolas acanaladas a modo de conchas, así como tallos y entrelazos, con tendencia a la esquematización. En la ventana occidental, uno de los plintos está decorado en damero. Ambos vanos se abren en amplio derrame tanto interior como exterior.

Por su parte, el ábside se extiende tras un arco triunfal que se organiza con una doble arquivolta de medio punto, ambas prismáticas, sin ornato y con la arista viva. Una

chambrana con perfil de nacela lisa y línea irregular ciñe las arquivoltas, cuyas dovelas, según López Pachó, formarían parte, originariamente, de un rosetón colocado en la fachada occidental. Sobre ellos se abre un estrecho vano que ahora permanece ciego debido a los arreglos de la techumbre en época moderna. Tanto el arco superior como la chambrana no llegan a terminar su recorrido semicircular, apeándose esta última en el saliente del muro del testero que, a su vez, secciona parte del arco superior de la arquivolta.

La carga de este arco triunfal se distribuye entre el muro, a través de una línea de imposta en nacela, para los elementos exteriores, y semicolumnas entregas en el caso del arco interior. Sin embargo, acodada en el muro del testero, en su lado norte, aparece una parte solo del fuste de una columna entrega, con su basamento y ceñida por la línea de imposta, lo que hace suponer que la estructura original poseía una arquivolta más, para la cual serviría esta de apoyo y que, tras las reformas, con las que se desvió el eje de la nave y se modificó la techumbre, este arco habría desaparecido, al igual que su columna gemela en el lado meridional.

El par de columnas entregas, que sí quedan completas, se levantan sobre un zócalo, el cual conforma igualmente la base de toda la cabecera, altos plintos y basas tóricas con bolas a modo de garras. Sus fustes lisos están ceñidos por una línea de imposta moldurada que, de la misma manera que el zócalo, se extiende por el interior del ábside aunque sin llegar a completar el recorrido semicircular.

Los capiteles exhiben diferentes motivos de tipo vegetal. De esta forma, en el lado septentrional aparecen entrelazos, que recuerdan a las formas de tallos con palmetas, a los que se le añaden brotes en las esquinas dotados de especial volumen. La talla y motivos de este capitel, en su conjunto, suponen una interpretación, según D'Emilio, de la decoración clásica de volutas unidas por lazo en los extremos de la pieza. Por otro lado, el capitel meridional ofrece hojas, apenas sugeridas por incisión, pegadas al cálato, dispuestas en dos órdenes y rematadas en bolas.

Los cimacios en nacela continúan por el ábside como línea de imposta, subrayando el arranque de las bóvedas, siendo estas de cañón para el tramo recto y de horno para el área semicircular. Este espacio final del ábside es más estrecho que el tramo recto que le precede y su entrada se señala con un falso arco de medio punto de sección prismática apoyado en un par de pilastras de perfil en baquetón que se coronan con la misma línea de imposta superior que recorre los muros de la cabecera desde el arco triunfal.

En el centro del muro semicircular se abre una saetera con derrame, enmarcada con una doble arquivolta de medio punto. El arco interior está moldurado en bocel, formando una media caña que se ornamenta con cuatro grupos de tres bolas, uno por dovela. El arco exterior, liso y tallado en arista viva, se apoya en jambas con el perfil en baqueta, mientras que el interior, repitiendo la estructura del arco triunfal, lo hace en un par de columnas de basas tóricas y altos plintos

Ábside





Arco triunfal

con capiteles decorados con hojas apenas definidas y rematadas en bolas, en el caso del lado norte, y, en el capitel meridional, con aves con los cuerpos contrapuestos que vuelven sus picos hacia el vértice.

Una pila de agua bendita octogonal aparece junto a la puerta sur y está decorada con una bola dispuesta por cada uno de sus lados, mientras que el borde del vaso se talla con dos boces, trabajado el superior como moldura sogueada.

En cuanto al exterior, las transformaciones realizadas en el siglo XVIII trasladaron la entrada desde el lado occidental, que fue cerrado, hacia el muro sur de la nave, coronándolo con una espadaña. Esta nueva configuración, cuyo diseño se basa en líneas rectas tanto para las puertas como para el vano dispuesto en la parte superior, otorga al templo una apariencia más cercana a la arquitectura civil que a la religiosa.

En el muro norte, aunque también reformado, se conservan algunos elementos románicos, como las molduras que decoran dos de los tres vanos dispuestas como arco de medio punto abocinado y cuyo bocel se prolonga por ambas jambas. También quedan algunos restos de pintura bajo el alero, ya de siglos posteriores, representando estrellas.

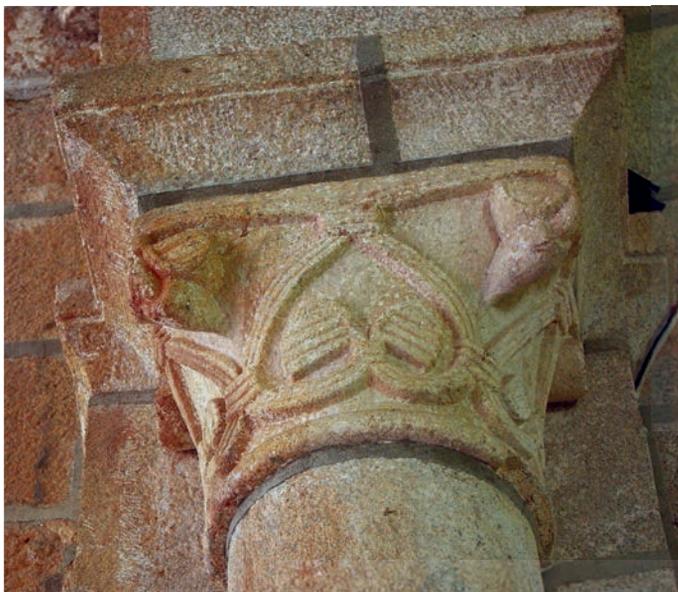
Pero es, sin duda, la cabecera la parte más interesante de este templo en su vista exterior, ya que guarda, al igual que el interior, un cierto aire de fortaleza, acentuado por la variedad y singularidad de sus elementos de apoyo, como son los dos extraordinarios contrafuertes en el muro sur o las tres dobles y estilizadas columnas que dividen el paramento absidal en cinco tramos. Además de esto, se añaden dos elementos más: una columna simple en la parte final meridional del tramo se-

micircular y restos de una columna doble proyectada para el tramo central.

En primer lugar, el ábside se levanta sobre un zócalo, con el borde labrado en baqueta, que recorre todo el perímetro absidal, sobresaliendo en los lugares de apoyo de los plintos de las columnas dobles. Son estas columnas similares a las vistas en el arco triunfal. Apoyadas en basas tóricas, sobre altos plintos, los tambores de sus fustes guardan la misma disposición que los sillares del muro absidal, rematando en capiteles vegetales de escaso volumen que sostienen aleros extraordinariamente sobresalientes. Una línea de imposta moldurada, al igual que la que se encuentra en el interior, anilla los fustes a un tercio de su altura, extendiéndose por todo el paramento semicircular. Estas columnas poseen una extraordinaria ligereza, lo que las exime de ser un apoyo real y apunta a un sentido de embellecimiento propio ya de un románico avanzado.

Es necesario destacar ese tramo en el que solo queda una sección de la columna doble bajo la línea de imposta, donde falta el resto del fuste hasta el zócalo y hasta el alero en su nivel superior, eliminado quizás para no ser un estorbo para el vano abierto en el centro del muro absidal, aunque un tanto desplazado hacia el Sur. Igualmente los tramos entre columnas no tienen la misma distancia en la parte norte que en la parte sur del ábside, ensanchándose hacia el lado septentrional, donde se sitúa la columna única que se acodilla con el muro de la sacristía.

Por otra parte, un par de contrafuertes retranqueados son únicamente visibles desde el lado meridional, señalando



Capitel norte del arco triunfal

el comienzo y el fin del tramo recto en la cabecera. Sin embargo, no guardan ninguna simetría con sus correspondientes en el costado norte, pues allí no aparecen dos contrafuertes, sino solo uno, embebido dentro del muro de la sacristía, del cual sobresale nada más que en una parte en la que puede apreciarse el borde labrado en baqueta.

Esta disposición irregular en tantos aspectos hace que se planteen algunas cuestiones sobre cómo fue planeado este ábside y cómo fue ejecutado: ¿Por qué no existe esa simetría habitual en las cabeceras románicas? ¿A qué se debe ese cambio en el diseño? ¿Cómo se concibieron esas estilizadas dobles columnas? ¿Por qué no se terminó la tercera central? ¿Cuál es la causa de la variación de distancia entre tramos? D'Emilio apunta una razonable respuesta a todas ellas, indicando que el arquitecto conocería las nuevas tendencias estructurales introducidas en el gótico al rodear el ábside con estas esbeltas columnas que impulsarían la colocación de estrechas y altas ventanas. Sin embargo, a la hora de realizarlas

los canteros locales volverían a utilizar los anchos cánones románicos al levantar el muro, lo que obligaría a la entrada de una única fuente de luz en su parte central, que a su vez provocaría un cambio en la disposición de los intercolumnios.

Como ya se ha comentado, un tanto descentrado, aparece el vano abocinado decorado con una sola arquivolta construida a base de bocel y escocia, decorada esta última con grupos de tres bolas repartidos por toda su curvatura. Los plintos de sus columnas se apoyan en la línea de imposta corrida, con basas áticas y fustes monolíticos y lisos. Los capiteles ostentan una preciosista decoración esquemática donde lo vegetal tiende a geometrizar, mezclando hojas y entrelazos, en el caso del capitel sur, y tallos con hojas en espiral en el norte. El codillo exterior de la ventana se talla en baquetón.

En los aleros, los canecillos lisos, en su mayoría en nacela y alguno en proa de barco, se distribuyen bajo la cornisa labrada asimismo en caveto.

Para terminar, y con la intención de aportar una fecha lógica, López Pacho afirma que, dada la ausencia de serenidad y sencillez propia de los templos cistercienses, este templo de Santa María de Castro do Rei debería haber sido construido con anterioridad a su adhesión a la Orden del Císter. Por otra parte, Delgado sitúa esta iglesia a finales del siglo XII o principios del XIII, datación justificada por la amplitud interior del ábside, así como por la alta geometrización de sus motivos vegetales.

Texto y fotos: PSM - Planos: EVL

Bibliografía

AA.VV., 2003-2006, IX, p. 67; AMOR MEILÁN, M., 1936a, VIII, p. 779; CASTILLO LÓPEZ, A. del, 1972, pp. 113-114; DELGADO GÓMEZ, J., 1996-2006, III, pp. 228-238; DURO PEÑA, E., 1972, pp. 9-45; D'EMILIO, J., 1997, p. 567; LÓPEZ PACHO, R., 1983, pp. 228-238; LÓPEZ VALCÁRCEL, A., 1965-1966, pp. 50-56; VALIÑA SAMPEDRO, E. *et alii*, 1975-1983, II, pp. 113-116; VALLE PÉREZ, J. C., 1982, I, pp. 200-201.